

Con ese propio sentido práctico se lleva la voz cantante en el Norte de América.

Preocupa la cuestión económica al Congreso de México y hasta los poetas procuran discurrir sobre deuda y presupuesto.

En España Pi Margall ha pronunciado un discurso dejando suspensa la atención de nacionales y extranjeros. Dice que no es orador, pero que aspira á razonar, y lo hace de tal manera, que sus pensamientos són cálculo y sus conclusiones guarismos.

Incompetencia de César Cantú.

XXIV

César Cantú ha venido, rezagado en la vida intelectual, queriendo ponerse con las nuevas teorías por delante de sus contemporáneos y quedándose detrás de sus predecesores. Fulminando denuestos contra los enciclopedistas, no puede, sin embargo disimular que se ha educado con su lectura. Le pasa lo que á Otelo, cuando se empeñaba en manifestarse dulce alardeando de galantería, pues en ciertos perfiles siempre daba á conocer al moro guerrero.

Piensa con Voltaire, y prorrumpe en diatribas contra Voltaire. Siente con los italianos la unidad de la patria y aboga por el Poder Temporal en toda la extensión de los Estados Pontificios. Sus discursos vestidos con los desechos de la guardarropia liberal, le han ocasionado desazones con los tradicionalistas; y sus servicios literarios hechos al ultramontanismo, no han sido del agrado de sus compatriotas del Piamonte. Condena

los lloriqueos estériles de los apocados, y se lamenta estérilmente de las censuras con que le mortifican los que no están conformes con su eclecticismo doctrinario.

A esto, sin duda, llamará *justo medio*, sosteniendo el error de que *en la vida todo es relativo*.

Lo justo es lo recto, y lo medio consiste en decir, que *sí* y que *no*. Nunca he podido comprender el *justo medio*, porque no concibo la justicia sin fundamento. Es achaque del escèptico eclecticismo confundir lo *inmanente* con lo *condicional*.

Lo inmanente es el progreso que habla al espìritu del hombre. Lo condicional es el medio histórico que indica el método. La vida no es un problema simple sino complejo. Así lo histórico es *relativo*, lo fundamental es *absoluto*. No es concebible lo relativo sino subordinado á lo absoluto. La ley moral es absoluta, de donde nacen los *ideales* del progreso. Sin los principios absolutos no hay luz ni punto de mira, y claro es que sin antorcha, no puede penetrarse en los antros tenebrosos de la caverna de Trofonio. Proscribir lo absoluto, suprimir la ley moral envolviendo en las tinieblas los ideales, es dejar á oscuras lo relativo de la vida, devolviéndola al caos de donde brotó el Universo cuajado de luz.

Ese es el *justo medio*, que no toma por *método* sino por *criterio*, lo *relativo*.

No hay escuela ni más escèptica ni más pedantesca que el Eclecticismo. Y se explica bien, porque no ha nacido ni siquiera de un extravío de la razón, que hasta en sus demencias tiene algo de inmanente.

El Eclecticismo es el producto de una cábala discurrida por Cousin para subir al trono de Francia á Luis Felipe desde las barricadas. Es tan falso el Eclecticismo, como impotente tuvo que ser la coalición tripartita de Iturbide; pues no es posible conservar la nieve congelada dentro del fuego. Estas composiciones en política que no pueden prevalecer en el terreno de los hechos, muchas veces forzadas por el compromiso, son intolerables en el discurso. Querer contentar á todos es no contentar á ninguno y engañarse á sí mismo. El único justo medio no es aquí el fiel de la balanza, sino simplemente el juego del *sí* y del *no*.

Ese justo medio consiste en romper los brazos de la balanza pretendiendo colocarse en el punto fiel. Ese justo medio consiste en negar lo inmanente que contiene la *idea determinante* y el *fin aspirado*, y proclamar lo *relativo* para componer por un acto de *razón condicional*, á capricho y placer del componedor, un *totum revolutum* de lo mejor de las Monarquías, de las Oligarquías y de las Democracias (crema con aceite y vinagre). De aquí salió vestido de arlequin el Soberano, y no pudiera sostenerse la obra abigarrada de Cousin, si no hubiera venido en su auxilio el sofista gritando desde la tribuna:—**EL REY REINA Y NO GOBIERNA**—Pero ese mismo Thiers, á última hora, tuvo que lanzar otro grito á los republi-

canos, para salvar á la Francia destrozada por el escepticismo político que venía envolviendo en sus ampulosas fórmulas el *sí* y el *no* de todas las mañanas, que es en suma, el producto del *criterio de lo relativo*.

Lo que no es racional, es estúpido; y se ve muy claro, cuando se lleva por rigor lógico al absurdo.

Si el Eclecticismo es un sistema filosófico, social y político, fundado en leyes naturales y principios de sentido práctico, la lógica lo puede trasportar sin perturbación al orden religioso, que es una necesidad y elemento de vida. Pues bien, hágase la propia componenda con girones del Monoteísmo, del Politeísmo y del Panteísmo, para uniformar en la misma relación la pureza y santidad del matrimonio con la bigamia y la poligamia. Hé aquí un *pandemonium* que no lo digiere el entendimiento.

El Eclecticismo es la negación de todo principio fundamental, pues que sólo se sustenta en lo relativo.

Este y no otro, es el manjar político que se sirve á la mesa del Sr. César Cantú, y este es el criterio que aplica al estudio de la historia. Así queda explicado, cómo baraja los hechos y desfigura á los hombres incurriendo en contradicciones á cada momento, porque lo relativo no tiene *principio ni fin, ni forma* tampoco de *sujetiva existencia*. ¿Cómo de lo CONDICIONAL RELATIVO puede sacarse un fundamento de juicio si no sirve más que para una apreciación de momento?

Es de insistirse en trasportar al orden religioso todo lo falso y absurdo de esa escuela política aplicada al

estudio de la historia, y se ve, que quedan metidos en un saco Hugonotes y Católicos, Judíos y Mahometanos.

Se comprende perfectamente el sensualismo, el materialismo y el idealismo, cada uno en su lugar, como contenidos de verdades parciales, en cuyo estudio se interesa la razón humana; y no está en lo absurdo, que cada cual intente fundar doctrina y componer escuela.

Se concibe así mismo, la libertad religiosa en respeto á la conciencia individual y para dar satisfacción á las diferentes manifestaciones del espíritu humano; pero no puede admitirse la promiscuidad de los cultos.

Toda doctrina con fundamento de razón y naturaleza, es por necesidad intransigente, porque se considera en posesión de la verdad. Cuando transige abdica, y se transforma ó muere.

El Eclecticismo es la transacción á perpetuidad que lleva en sí la *mudanza constante de lo relativo*. Lo *condicional* no puede ser nunca base filosófica de criterio. El Eclecticismo NIEGA LA CIENCIA.

Estoy oportunamente advertido en este particular, porque siendo muchacho adolecí de ese mismo vicio de educación intelectual dejándome seducir por la escuela eclética, que vestida á la moderna con elegantes formas, tiene aliciente para todos los gustos; para el místico y el ateo, para el autoritario y el demócrata. Hacía también mis discursos, no con la elocuencia de César Cantú; pero llenaban el corazón cariñoso de un literato en edad madura, amigo de mi respeto. Llegó un profesor ex-

tranjero de su intimidad, y afanoso le condujo à la conferencia. Luego me comunicó su parecer. Le habia dicho:—Se expresa su amigo con desembarazo y buen estilo, pero llama mi atencion cómo se pueden decir bien cosas que se entienden tan mal, porque *niega la ciencia*.—

Me atravesaron el cerebro aquellas palabras como un rayo en seco. ¡Yo negar la ciencia! ¡Yo que sacrificaba con vertiginoso afán à su cultivo todos los placeres y distracciones de la juventud! ¡Yo que discurría con tanto desparpajo sobre Dios, sobre la naturaleza, la inteligencia, el libre albedrío, y manejaba los autores con la franqueza que César Cantú los hechos, y hablaba de las causas finales con afirmaciones teológicas y metafísicas, encomiando el método silogístico de Aristóteles, el procedimiento analítico Cartesiano, la dialéctica escolástica, y afirmaba todo lo fundamental maravillado del mundo suprasensible; negaba la ciencia!.....

¡¡Y era una triste verdad!!

Avergonzado me recogí, no à leer, que habia leido demasiado, sino à meditar, cosa que jamás detuvo mi atencion sino muy poco.

Y al cabo ví la luz.

Dejaba à la *razón pura* tranquilamente en el cielo y me las gobernaba en la tierra con la *razón práctica*, sin preocuparme como Laut-speo en buscar la *tercera razón*, ni tampoco aquella otra de Kant, para entrar en buenas relaciones à esas dos señoras vecinas caprichosas

y mal educadas, que siempre, al verse juntas, andaban à la greña.

¡Ah! cuánto perturban los lugares del entendimiento la fastuosa clasificación de las ideas! No hay *razón pura*, *razón práctica* y *tercera razón*.

LA INTELIGENCIA ES UNA; *instrumento racional* indispensable para conocer, como es la vista para percibir la luz. La *razón* es instrumento, no conclusión, para decir como los ojos en ejercicio:—VEO O NO VEO.—

Hay *principios*, indeclinables como todo lo *inmanente*. Hay *medios*, transitorios como todo lo *condicional*. El trabajo consiste en aplicar atentamente el método analítico, y el procedimiento sintético, para conocer los modos y los momentos oportunos y eficaces de la *evolución*, utilizando el *medio* à la luz del *principio* y con el *ideal* por delante como punto de propósito.

Todo acto humano es complejo. Se mueve por la *idea*, utiliza el *medio*, y aspira à un *fin*.

El medio por sí solo, para nada sirve; ni siquiera para dar una solución pretoriana, ni para resolver seguramente una necesidad de momento. Ejemplo son los fracasos repetidos, los ensayos malogrados, las torpezas que se vuelven contra quien las comete.

No ha tenido la suerte César Cantú de una advertencia oportuna y salvadora. Apagar la luz de la razón condenándola en su ejercicio à los espacios sombríos de un calabozo; es en efecto negar la ciencia, que revela el

principio y presenta el *ideal*. Así el escritor italiano está, como el pájaro que se asfixia y no puede volar encerrado en la campana neumática.

Con el criterio ecléctico no se puede conocer ni razonar la historia. Todas las llamaradas de la inteligencia, resplandecen fugitivas como á manera de los fuegos fatuos. Todas las afirmaciones de principios se desvanecen anuladas en el procedimiento: *por conclusión queda negada la ciencia*.

Y aquí pongo punto final á este elevado orden de ideas, campo vastísimo donde podría extenderme grandemente; pero nunca he pensado dar esa latitud á este ligerísimo trabajo, limitándome á indicar lo puramente necesario para obviar toda duda de que las aplicaciones que hago aquí de la *crítica racional*, vienen regidas por principios absolutos, intransigentes como todo lo dogmático, que no puede aceptar nunca confundido lo blanco con lo negro, y solo admite la elasticidad en el procedimiento para distinguir más claramente la línea de conjunción entre la luz y la sombra, sin sacrificar por ello el indeclinable rigor y la ineludible necesidad de los métodos.

Principios y métodos, que por su intransigencia y rigor; pues aquellos son *verdades positivas* y estos *ecuaciones matemáticas* de precisa resolución, donde solo cabe equivocar una fórmula que uno mismo, volviendo sobre sus pasos corrige, ó bien otros más adelantados

rectifican; tienden à formar, no una escuela política, sino un sistema filosòfico.

Sistema que no embaraza á la razón en sus ejercicios, porque fundado en las leyes de naturaleza, rebusca cada dia nuevos manantiales de los que riegan y fecundizan el campo de las ideas.

Doctrina y procedimientos.

XXV

La metafísica no resolverà ningun problema político. Divaga y divagarà siempre en las nebulosidades patrióticas.

Napoléon, por instinto rechazaba de su lado á los ideólogos. En cambio llevó consigo à Egipto lo màs notable de Francia en ciencias físicas.

El sensualismo y materialismo no darán al saber humano màs que elementos de estudio.

El Eclectisismo es la afirmación y la negación à la vez de todas las cosas, que se resuelve en esceptisismo moral y en esceptisismo político.

El Positivismo no es una escuela, ni presume haber construido un sistema, por màs que sistemáticamente haya de irse formando. No reconoce maestros, porque de nin-

gun modo admite argumentos de autoridad, sino autoridades de razón. Carece de dogmas, porque declara, que no puede ser objeto de conocimiento (en proceso científico) lo que no está en la naturaleza sujeta á la observación analítica y puede comprobarse por la experimentación. No se supone en la palabra absoluta porque afirma decididamente el progreso y reconoce indefinidos los horizontes abiertos á la razón humana para engrandecer cada día el conocimiento de la verdad. No tiene discípulos, sino adeptos, porque nutre y acrece sus filas con numerosos desengañados.

Todo triunfo de la razón es una verdad que recoge, *primaria ó relativa*. Todo fracaso es una conquista: todo ensayo malogrado, una enseñanza; todo error un enemigo derrotado.

Robin y Litré no son iluminados, ni se acuestan con las pretensiones del justo y el sabio, como Krause. Son obreros de la inteligencia y carecen de toda autoridad propia. La tienen únicamente aquellas conclusiones que por *demostración* han obrado *convencimiento*.

Es la libertad de la razón obrando por sí con juicio y con método. No es la vocación que los metafísicos exigen para penetrar los umbrales del misterioso templo de la sabiduría. Es el respeto rendido á la verdad enseñada. No es la servil disciplina exigida por el maestro.

Así, pues, contradecir á Spencer, no es combatir el Positivismo, sino entrar en discusión con un hombre

que puede equivocarse en determinados lugares y ser equívoca, porque es ley de la naturaleza que así sea.

Mas no es ésta la cuestión, ni me propongo exponer la doctrina en los estrechos límites de éstas páginas. La cuestión es, demostrar, si el criterio á que vienen sometidas estas reflexiones, es el más filosófico, el más elevado, el más amplio, profundo y penetrante que se puede aplicar al conocimiento de los hombres y las cosas; y si el que César Cantú acomoda al estudio de la historia, es el más endeble, el más falso, el más nulo que se puede sacar de los grandes movimientos de la ciencia.

A dejar esclarecido este particular se dirigen sencillamente las indicaciones anteriores, y con ellas queda patentizado, que César Cantú por su criterio ecléctico que todo lo afirma y lo niega á la vez, carece de autoridad filosófica entre los pensadores; y apasionado por todo lo que es autoritario y empírico, no la puede tener tampoco como historiador que se ajusta á la verdad y exactitud de los hechos.

Combato á César Cantú, no sin violencia, porque ha nacido en la patria de los grandes génios de la política y el arte; y me duele que tronando furiosamente contra los Enciclopedistas, haya adoptado el criterio ecléc-

tico de origen puramente francés, degeneración de la Enciclopedia corrompida por los sofistas políticos y especuladores de la cosa pública.

Lástima grande que el hombre moderno, acometiendo el trabajo de escribir la *Historia Universal*, teniendo á su disposición los poderosos elementos de estudio de que carecieron los antepasados; en severidad de juicio, rectitud de miras, espíritu imparcial y detenido examen de los hechos, no se encuentre, ni con mucho, á la altura de sus predecesores Xenofonte y Tito Livio.

Nada importa que cumpla su ofrecimiento rectificando los hechos que ha desfigurado al escribir la historia política de México. Con ésto, dejará subsanado el error de detalle y nada más. Siempre quedará en pié el falso criterio á que subordina sus juicios y apreciaciones, que se hace más notable y saliente, como así es natural, cuando lo aplica á la historia moderna, donde se ve palpitante la pasión que le preocupa, causa inmediata de todas las vacilaciones lamentables que le ofuscan y de todas las muy tristes contradicciones en que incurre.

Concluyo repitiendo, que debo al escritor italiano alguna enseñanza en los primeros pasos de mi vida intelectual; pero al mismo tiempo declaro, que me he visto precisado por un grande esfuerzo à reconstruir todos mis estudios en materia de *principios* y de *métodos*, para

lograr aproximarme à lo que constituye un *juicio recto* y un *sentido práctico*. Si el discípulo se rebela contra el maestro, obra es, no de la soberbia del individuo, sino de las lecciones que suministran la observación y la experiencia con la consulta de otros más profundos pensadores.
